

Tomás Barceló Cuesta



Catálogo digital

Barceló Cuesta, Tomás

Tomás Barceló Cuesta: obra fotográfica / Tomás Barceló Cuesta. - 1ª ed.
- Córdoba: Recovecos, 2025.

Libro digital, Amazon Kindle

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8974-74-3

1. Fotografía. I. Título.

CDD 770

Tomás Barceló Cuesta

Índice

Introducción	4
Tomás Barceló Cuesta. Todos los ojos te miran	6
El estremecimiento de mirar	9
Revelaciones	14
Cuba en instantáneas	17
Cuba 2006, candil de fuego	48
El hombre del instante preciso	88
Imágenes imprescriptibles	97
Presencias	101
De igual a igual	110
Tomás Barceló Cuesta (biografía)	120
Equipo de trabajo	123

Introducción

Tomás Barceló Cuesta nació en 1949 en San Matías, un pequeño pueblo de la provincia de La Habana, Cuba. Al poco tiempo, entre la luz y el pulso de la revolución cubana, estudió Comunicación Social en la Universidad de La Habana y se formó como fotógrafo y periodista, construyendo una trayectoria que dejó huella en los medios gráficos y culturales de su país. Durante esos años, contrajo su primer matrimonio con Yolanda López, con quien tuvo su primera hija Katia Barceló López.

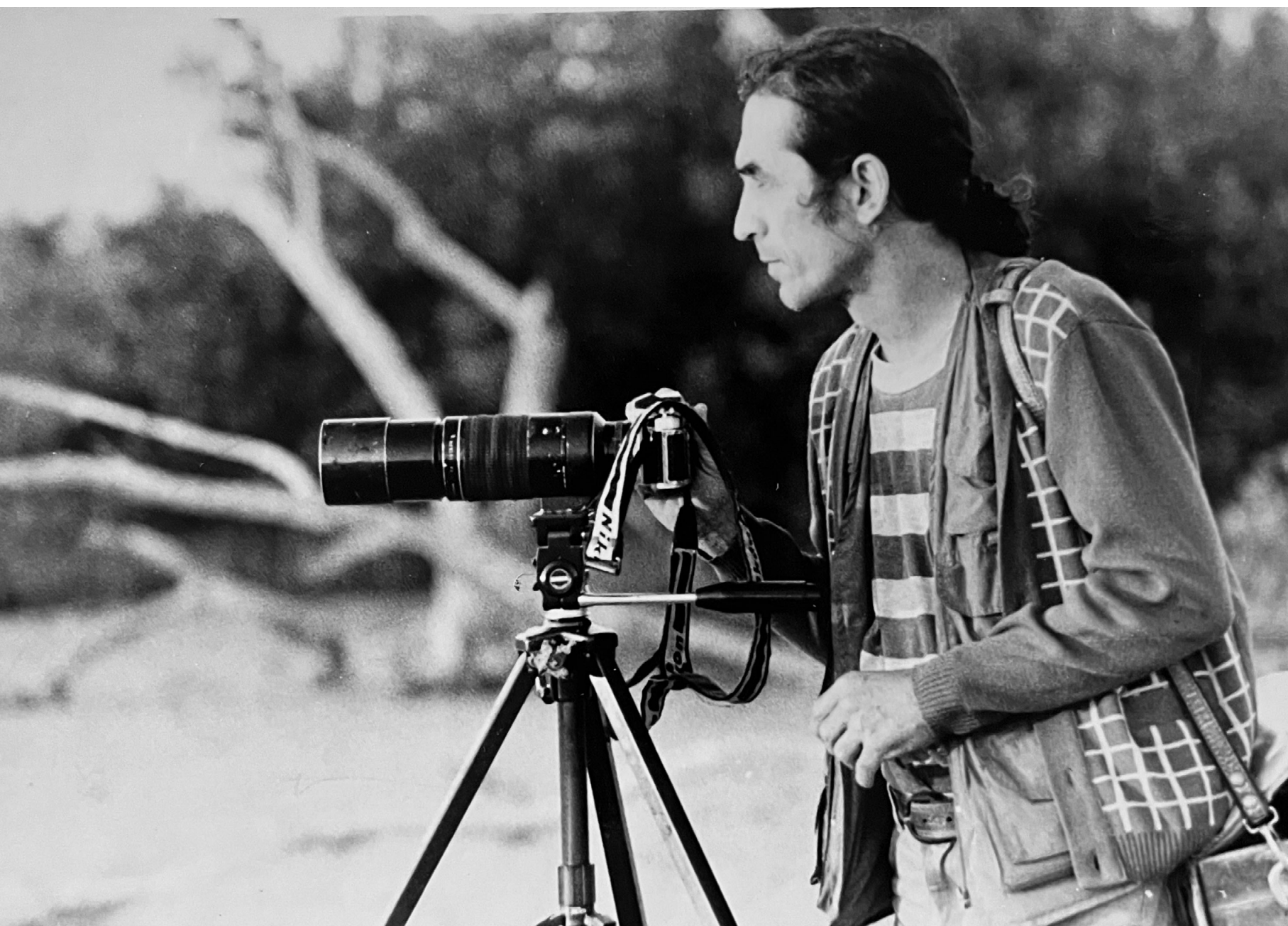
Graduado en Fotografía Deportiva y Licenciado en Periodismo, su mirada recorrió importantes medios como *Revista Bohemia*, *Juventud Rebelde* y *Periódico Trabajadores*. En 1996 recibió el Premio Nacional de Periodismo “Juan Gualberto Gómez” y, poco después, Fidel Castro le dedicó una carta felicitándolo por su cobertura del emotivo homenaje al Che Guevara.

Su obra, premiada y exhibida en Cuba, Argentina, México, Canadá y Estados Unidos, consolidó un camino de artista y profesional que supo conjugar compromiso y poesía visual. En julio de 2000 se casó por segunda vez en La Habana, con la periodista argentina Irina Morán, y en 2001 se radicó de manera definitiva en Córdoba, Argentina, donde tuvieron a su segunda hija, Lucía Barceló Morán.

En Córdoba capital dictó cursos, exhibió sus fotografías, recibió un premio literario de Alicante, España, y publicó dos novelas: *Recuérdame en La Habana* y *El Ojo del Mundo*. Entre 2005 y 2010 se desempeñó como docente universitario de Fotografía Periodística en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba.

Tomás falleció en Córdoba, el 27 de mayo de 2010, pero su legado permanece vivo. En su honor, la Facultad de Ciencias de la Comunicación nombró con su nombre su fotogalería institucional.

Este proyecto transmedia, que incluye este catálogo y el sitio web tomasbarcelocuesta.com.ar, es un gesto para preservar y difundir su valioso legado fotoperiodístico y literario. Impulsado por su familia, amistades e instituciones en Cuba y Argentina, sostiene la llama de su mirada humanista, comprometida y poética.



Tomás Barceló Cuesta

Todos los ojos te miran

Este catálogo es, principalmente, un gesto de amor. Una acción colectiva y continental de puesta en valor de una obra inconmensurable. Un acto imprescindible de justicia poética y de memoria.

Pero, sobre todo, en estos tiempos acelerados, de tanta saturación visual, este catálogo —que intenta, quizás sin lograrlo, condensar el alma irreverente de Tomás Barceló Cuesta— es una invitación a mirar el mundo que nos rodea con otros ojos.

A detenernos. A respirar profundo y hondo. A dejarnos atravesar por la imagen, pero también por la palabra de quien hizo del periodismo, la literatura y la fotografía una ética, una estética y una forma de resistencia ante tanta inequidad social.

Tomás Barceló Cuesta fue un hombre profundamente sensible y, a la vez, jodador, irónico, inconformista, lúcido, romántico, alegre y melancólico.

Fotógrafo, periodista, escritor, docente. Cubano de nacimiento y cordobés por el misterio y los azares del amor. Su obra vibra en el registro de lo sutil y de lo político, de lo mínimo y universal.

En blanco y negro, como si fuera un conjuro contra el olvido, construyó una antropología visual y analógica de su Cuba natal de fines del siglo XX, cargada de rabia y ternura —como él mismo tituló, más tarde, su propio blog.

Sus fotografías, escritas con la síntesis de la luz, y sus textos, iluminados por los recovecos de la experiencia de quien supo mirar sin filtros y con profunda comprensión, componen un archivo vivo: rebelde con las jerarquías y generoso con la humanidad.

Un archivo que nos devuelve la pregunta por el lugar que ocupa el arte, la ética y el compromiso social, una vez que decidimos —a través del lente de una máquina de fotos— inmortalizar una escena conmovedora, capaz de comunicar o dar cuenta testimonial de nuestra época.

Más adelante, como bien lo señala Fernanda Juárez en su texto *Revelaciones*, en estas imágenes hay “una ecuación perfecta entre misterio y evidencia”. Una alquimia que desborda los géneros: ¿arte o periodismo? ¿documento o metáfora? ¿testimonio o poesía?

En su Habana natal, en un intento fallido por encasillarlo, algunos colegas decían que Tomás era “*el mejor fotógrafo que escribe y el escritor que mejor fotos hace*”.

En esa delicada tensión —tan política como ideológica— es donde vive y se teje la obra de Barceló Cuesta. Cada uno de sus encuadres desafía todo tipo de corset. Interpe-lan nuestros modos de ver, de recordar, de narrar el mundo cotidiano que nos rodea. Un desafío que perfora las barreras del tiempo para viajar en circularidad desde un siglo analógico hasta este tiempo líquido, saturado de dispositivos móviles e inteligencia artificial, donde *El Ojo del Mundo* —de manera constante— nos observa, nos vigila, nos ve.

Esta publicación reúne una selección de más de cien imágenes, realizadas principalmente en Cuba, pero también dos ensayos visuales que iluminan la lucha por los derechos humanos y los pueblos indígenas en Argentina.

A su vez, incorpora un texto de su autoría, más dos extensas entrevistas que devuelven su voz con claridad: su pensamiento rebelde, su mirada humanista,

su desconfianza hacia el poder, y su convicción y esperanza ante la potencia revolucionaria de los gestos mínimos.

La mirada de Tomás Barceló Cuesta hace foco en la sensualidad de los cuerpos, en la esperanza o la emoción que transmite la singularidad de cada rostro. En la escena pública de las calles, en la niñez, en el trabajo, en los tumultos, en los silencios. En los cielos, los atardeceres, los credos. En el paso irremediable del tiempo, en los límites infinitos del mar.

A quince años de su fallecimiento, este catálogo es una invitación a mirar con amor un mundo caótico que intenta naturalizar la crueldad y la indiferencia. A descreer de la ley del *sálvese quien pueda*. A escapar de la hipnosis lumínica de las pantallas, para volver a mirarnos en comunidad.

Recuperar su obra es encender un candil en medio de la nieve. Es prender una luz cálida en el centro de un cuarto oscuro, donde la poesía aún espera ser revelada. Es invocar ese instante preciso que él supo atrapar, no solo con su cámara, sino con su corazón.

Para recordarlo eternamente en La Habana, sí. Pero también aquí, en Córdoba. Para inspirarnos en cada imagen inmortalizada Para conmovernos con el alma corpórea de las personas. Para detenernos en la grieta o desesperanza de quien espera el aliento vivo de nuestra mirada y también de nuestra memoria.

Irina Morán

Agosto de 2025, Córdoba, Argentina.

El estremecimiento de mirar

Sobre la obra fotográfica de Tomás Barceló Cuesta

Carlos Gazzera: —¿Cómo te iniciaste en la fotografía?

Tomás Barceló Cuesta: —Estudié fotografía en un curso que duró un año, organizado por el Instituto del Deporte Cubano y la Unión de Periodistas de Cuba, para especializar a jóvenes en fotografía y cine deportivos. Hacía unos meses que había salido del Servicio Militar Obligatorio y me sentía muy emponzoñado con el gobierno por haberme mantenido tres años en el ejército en contra de mi voluntad. Por esa época no quería hacer nada, salvo perder olímpicamente el tiempo, ligando chicas por ahí, ingiriendo alguna droga y leyendo cuanto libro caía en mis manos. Para vengarme del agravio del ejército, mantenía una actitud bastante hippie, hostil hacia el gobierno, y creía que con eso me rebelaba. A través de un amigo me enteré de este curso, ingresé en él, me volví algo serio, me corté mi frondosa melena negra y estudié durante un año fotografía, graduándome con excelentes notas, como un chico de bien y de buenas maneras. Una vez graduado, comencé a trabajar como fotógrafo para la revista deportiva *Listos Para Vencer* (LPV), publicación en la cual hice también mis primeros pasos en el periodismo escrito.

Carlos Gazzera: —¿Qué te llevó a ser fotógrafo?

Tomás Barceló Cuesta: —Bueno, esto mismo que te acabo de relatar. Es decir, **llegué a la fotografía casi por azar, no por vocación definida.** Por esa época no me interesaban muchas cosas, salvo leer, leer y leer. Y empatarme con alguna muchacha para desahogar mi explosiva sexualidad que, como se sabe,

es casi incontenible a los veinte años. Incluso estudié fotografía pensando que sería un oficio que me permitiría no trabajar. Algo limpio y suave, sin muchas complicaciones. Y así ocurrió durante los primeros años. Supongo que hacía algunas fotografías con cierta calidad. Pero creo que aún no me sentía fotógrafo. Ahora te diré algo que debía responderte antes: me inicié de lleno en la fotografía cuando ya llevaba trabajando en ella unos cinco años. Y se produjo en un momento en que, teniendo en mis manos una foto recién hecha por mí, en la que se veía a **una niña y un niño contemplando caer la lluvia desde un portalón**, sentí un estremecimiento, una sensación que hasta ese momento no había sentido. **No quería creer que yo era el autor de aquella foto... ¡Tal era mi asombro!** Creo que a partir de ese momento comencé a darme cuenta de cuánto mundo por descubrir tenía ante mí, y que sólo mirando a través del visor de una cámara y apretando oportunamente el obturador podría hacerlo. Con esa foto obtuve mi primer premio fotográfico. Con los años me di cuenta de una cosa: que algo similar a aquel estremecimiento, aquel primer asombro, sólo es capaz de producirlo el sentimiento poético. **Fue la poesía la que, definitivamente, me marcó el camino de la fotografía. Aunque siempre de la mano del periodismo.**

Una dosis de poesía

Carlos Gazzera: —Esto último me resulta muy interesante: hablás de la relación foto-poesía y de la foto-periodismo. A primera vista, parecen tener motivaciones diferentes. ¿Cómo se compatibilizan estas dos vertientes de fotografía en vos?

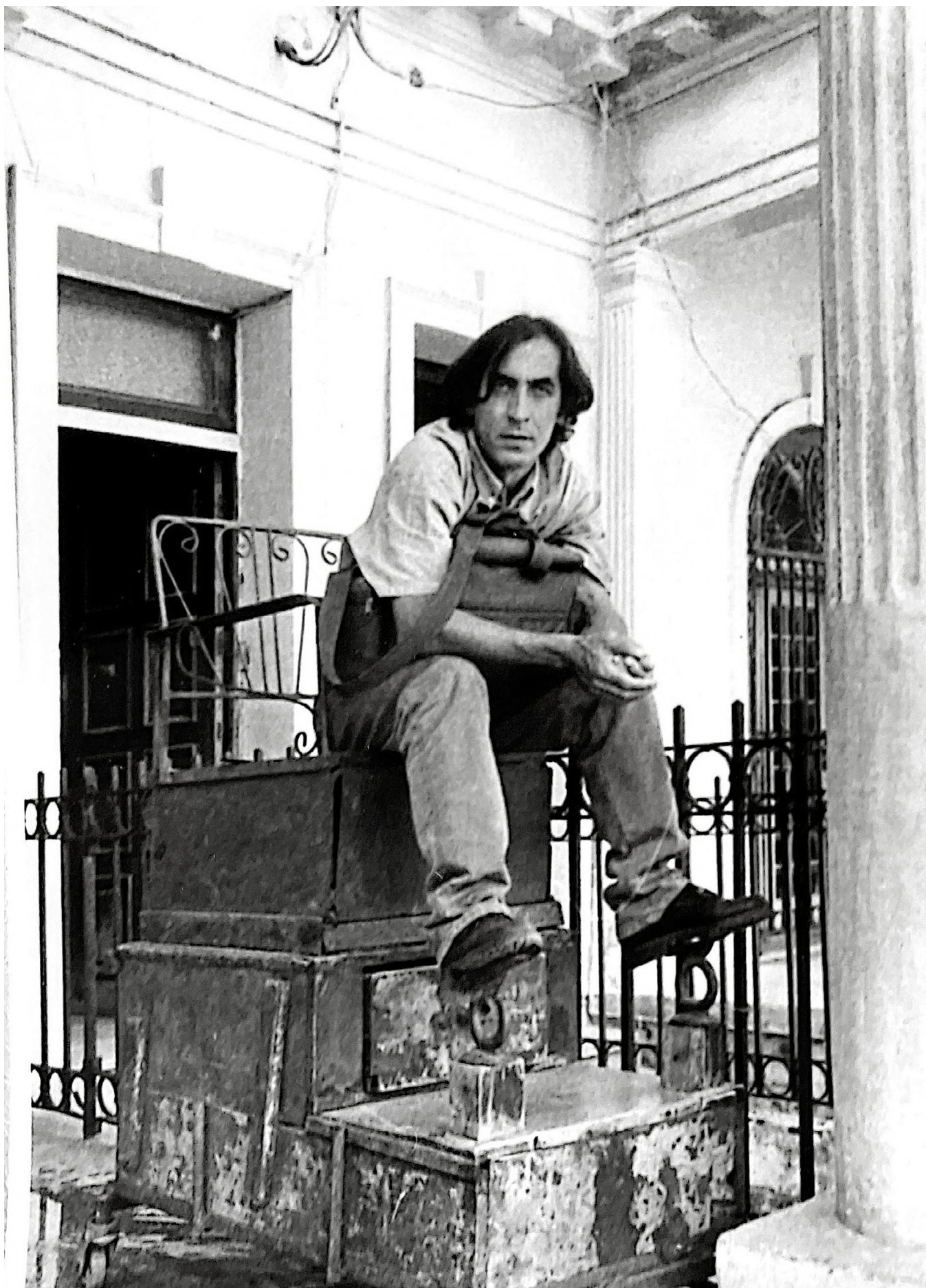
Tomás Barceló Cuesta: —El sentimiento poético es inexplicable, como lo es también la poesía. Y yo encuentro mucha poesía —tal vez por la forma en que veo y siento la propia vida— en lo que acontece a mi alrededor. Mucho, diría, en esos pequeños o grandes sucesos que pueden ir desde lo brutal, enajenante o violento (guerras o catástrofes naturales), hasta la muy romántica y siempre

recurrente imagen de una pareja besándose en el banco de una plaza, con una formidable luz diagonal iluminando la escena, mientras a su alrededor unas palomas picotean en el suelo... y en un plano posterior un viejo que cruza con cierta dificultad la calle, caminando quién sabe adónde, tal vez hacia su propio fin. **Ante mi incapacidad de expresar todo eso en palabras, al menos con la sintaxis adecuada y las metáforas puntuales, recurro a la máquina fotográfica para auxiliarme en retratar ese instante que me ha conmovido, conmocionado o indignado.** Por lo tanto, trato de que mis fotografías contengan, al menos, una pequeña dosis de toda esa poesía con la que está impregnada la vida. Haciendo periodismo, aprendí a hacer uso de la síntesis. También a ser rápido y directo. Pero la actividad periodística posee una fascinación derivada de su dinámica y de todo lo que enfrenta de la vida. Dejé justo a tiempo ese periodismo noticioso, que se nutre del último acontecimiento importante, para dedicarme al periodismo más pausado, del cual hoy suelen alimentarse algunas pocas revistas ilustradas.

Grandes maestros de la fotografía del siglo XX, como **Cartier-Bresson, Doisneau, Eugene Smith, Robert Capa**, haciendo periodismo, lograron captar imágenes de una fuerza y belleza tal que hoy son verdaderos poemas de la vida. El soldado republicano español retratado por Capa en el instante en que es alcanzado por una bala... ¡eso es poesía! Y ese instante increíble, dramático, fue congelado por Capa al apretar el obturador de su cámara... **El periodismo se aprende, la poesía se descubre, o ella te descubre a ti.**

Carlos Gazzera: —En tus fotos hay relatos idiosincráticos del cubano: el calor, el piropo, el carnaval, el erotismo, el sexo, la mixtura racial... Pero otras parecen más íntimas, menos épicas y más poéticas. Pienso en **“El paso del tiempo”**.

Tomás Barceló Cuesta: —La saqué caminando con el escritor Pedro Juan por la calle Egido, en La Habana Vieja. De pronto, vi a esa vieja sentada en un reducido portalito, tras las rejas, como atrapada en su propia vejez. Me detuve y tomé la foto.



La trayectoria de Tomás Barceló Cuesta fue reconocida en vida a través de numerosos premios y menciones, tanto en Cuba como internacionalmente: el Premio Nacional de Periodismo Gráfico Gualberto Gómez, galardones en las Bienales del Humor, menciones en los Salones Nacionales de Fotografía 26 de Julio, entre muchos otros. Su obra ha sido publicada en libros **como *Cuentos de La Habana Vieja, La necrópolis Colón, Perverso ojo cubano y Cementerios de La Habana***. En Argentina publicó dos novelas: *Recuérdame en La Habana*, Ediciones El Boulevard (2003), y *El ojo del mundo*, Ediciones Recovecos (2010).

Pero, más allá de los reconocimientos y publicaciones, **lo que define a la obra fotográfica de Tomás Barceló Cuesta es esa forma de mirar: una mirada que se demora en los detalles, que busca el instante poético en lo cotidiano. Es en ese universo donde su sensibilidad logra capturar capas de melancolía, de erotismo, humor, y hasta dar testimonios de denuncia. Porque, como él mismo dice, “hacer fotografía no es sólo apretar un botón: es capturar un instante que logre conmovernos en vida”.**

*Texto editado por Irina Morán, basado en la entrevista original
El periodismo se aprende, la poesía se descubre: Un diálogo con el
fotógrafo cubano Tomás Barceló Cuesta.
Introducción, entrevista y selección de
fotografías de Carlos Gazzera (2004).*

Revelaciones

¿Cuánto hay de arte y cuánto de periodismo en las fotografías de Tomás Barceló Cuesta? Imposible saberlo. Quizás, en esa alquimia inexplicable radique el secreto de un oficio en extinción. No sólo por los cambios tecnológicos, las nuevas rutinas de producción o la proliferación de imágenes digitales en redes sociales, el fotoperiodismo –tal como fue concebido– agoniza, fundamentalmente, porque es una tarea que responde a una sensibilidad propia del siglo pasado. Un “modo de ver”, en términos de John Berger, que se esfumó con la llegada del nuevo milenio.

En las “instantáneas” que vemos aquí hay una ecuación perfecta entre misterio y evidencia, una tensión que conduce hacia zonas profundas e inescrutables de aquello que reconocemos como “la realidad”. Las coordenadas de luz y tiempo mediante las cuales se obtienen las imágenes analógicas –a través de esas fascinantes *máquinas transportadoras de apariencias* convertidas hoy en piezas de museo– se resuelven, en este caso, en obras de una belleza inclasificable. El blanco y negro –la tonalidad de la nostalgia y del documento– resulta un recurso perfecto para retratar a la Cuba de finales del siglo XX donde la variable “tiempo” –eclipsada por los preceptos de la revolución y las exigencias de la modernidad– se presentaba como una incógnita, cuando no, como un acicate para espíritus inquietos. El dominio magistral de la escala de grises, y de las potencialidades de la monocromía para exponer las encrucijadas que subyacen en la isla más soñada y teorizada del planeta, da cuenta del genio de este artista. Son las texturas, son las líneas fugaces, son los agujeros negros y las zonas iluminadas –destellos de humanidad– donde Barceló Cuesta se

detiene, con una destreza compositiva que ubica a sus obras en la categoría, ya casi olvidada, de la “fotografía de autor”.

La sensualidad parece estar en el centro de sus preocupaciones. Es una habilidad del fotógrafo, también una disposición del alma, llegar a captar ese goce secreto con originales encuadres en los que se recrean escenarios poblados de detalles (un grafiti, un gesto, un tipo de cielo), con el objetivo de traer a la superficie aquello que no ha sido dicho sobre un lugar cargado de simbolismos. Captar la sensualidad, entonces, implica un ojo atento al momento exacto en el que se produce el roce –la chispa– entre cuerpos, objetos y palabras. Los besos entre los amantes en la vía pública, los contorneos prohibidos en una esquina, el niño que mira a cámara con su arma de juguete –si es que algo así existe– la inscripción que reza “Che a 30 pesos” en un cartón o el brillo endemoniado en los ojos de Compay Segundo, es ahí donde se revelan los vasos comunicantes que transportan el néctar –mitad instinto, mitad pensamiento– con el que Barceló Cuesta compuso su obra.

¿Hay algo más irreverente que esos perros, en pleno acto amoroso, frente a la catedral de La Habana? ¿Puede haber una figura más lograda que el triángulo que forman esos niños en la fotografía titulada “El líder”? ¿No es perturbadora la barrera –hecha de sogas, pantalones e indiferencia– que advierte el fotógrafo como metáfora del abismo que separa el mundo de los niños del de los adultos? Barceló Cuesta parece querer decirnos algo sobre la autoridad, las jerarquías y los poderosos. Cabe preguntarse, entonces, si el proyecto de este fotorreportero no es la creación de una sociología visual, a través de una lente bohemia y artera que propone ir más allá de la infalible receta kordiana con la que se retrató el heroísmo revolucionario y la belleza caribeña. La presencia de niños, animales, mujeres, bailarines y músicos en contextos urbanos sugiere algo –expresado con “rabia y ternura”– sobre el carácter de los isleños.

La fotografía suplica una interpretación y algunas palabras, entonces, anclan ese significado. Frente al malecón, el cielo encapotado cae con todo su peso sobre una mujer que mira hacia el horizonte: la escena se completa con los nombres, escritos sobre el muro, de quienes partieron y nunca volvieron. El mar, en fin, y estas extraordinarias fotografías nos traen de vuelta las palabras de Barceló Cuesta: “Recuérdame en La Habana”.

Fernanda Juárez

Cuba[★]

_____ en instantáneas

Una parte esencial de su legado se condensó en la muestra ***Cuba en instantáneas***, presentada por primera vez en el Foto Club Córdoba en 1999, y luego en el Teatro Real, también en la capital cordobesa. Aquella exposición marcó su desembarco en Argentina, donde sus fotografías recorrieron ciudades como Bariloche y Buenos Aires. Así, en muy poco tiempo, se abrió paso en el periodismo local y su obra fotográfica se consolidó como un estilo sensible y comprometido dentro del fotoperiodismo.

En 2001 trabajó sobre una nueva muestra titulada, simplemente, ***Cubanas***. Esta vez el escenario fue el Cabildo Histórico de Córdoba. Compartió salas con una verdadera leyenda: Alberto Korda, autor de la emblemática fotografía del Che Guevara. Ese encuentro no fue casual. Barceló Cuesta fue uno de los últimos periodistas cubanos en entrevistarlo. En ese texto —publicado en diversos medios— se revela no solo como fotógrafo, sino también como un cronista lúcido, apasionado y profundamente humano.



El beso
El Malecón, La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



Punto de fuga
Santiago de Cuba, Cuba. 1997.

Cuba en instantáneas



La amistad
La Habana Vieja, Cuba. 1998.

Cuba en instantaneas



Bandera
La Habana, Cuba. 1998.



Victoria
La Habana, Cuba. 2000.



Culo
Santiago de Cuba, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



Che a 30 pesos
La Habana, Cuba. 1992.

Cuba en instantáneas



La tarea

Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



Compay Segundo
La Habana, Cuba. 2000.





Niño con Arma-Bandera
La Habana, Cuba. 1996.



Mulata baila
Santiago de Cuba, Cuba. 1990.

Cuba en instantáneas



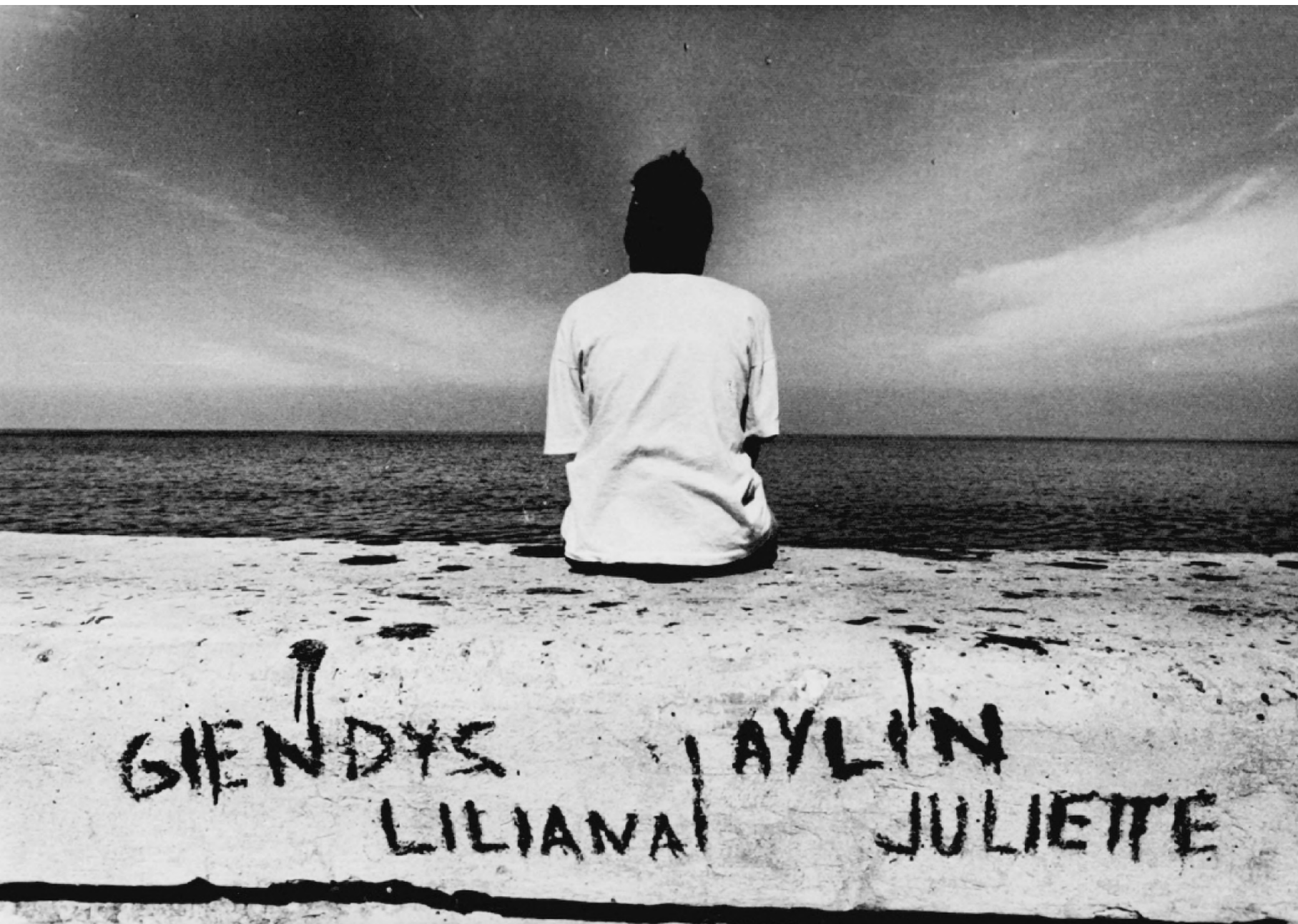
El líder
La Habana, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



Irreverencia
La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



Ausencias
El Malecón, La Habana, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



La bicicleta
El Malecón, La Habana, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



Farol
El Malecón, La Habana, Cuba. 1997.



©Tomás Barceló Cuesta

Cuba sí
Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba. 1997.

Cuba en instantáneas



Vista Catedral
Catedral de la Habana, La Habana, Cuba. 2000.

Cuba en instantáneas



La chivichana
La Habana, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



La sonrisa
La Habana, Cuba. 1999.

Cuba en instantaneas



Los novios
Playa cubana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas

El piropo - Trilogía
La Habana, Cuba. 1990.



©Tomás Barceló Cuesta



©Tomás Barceló Cuesta



©Tomás Barceló Cuesta



La visita del ángel
La Habana, Cuba. 1994.

Cuba en instantáneas



El calor
La Habana, Cuba. 1997.

Cuba en instantáneas



Seguro
La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



El paso del tiempo
La Habana, Cuba. 1994.

Cuba en instantáneas



El trompetista
La Habana, Cuba. 1998.

Cuba en instantáneas



La siesta
El Malecón, La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



En la guagua
La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas



El vuelo
La Habana, Cuba. 1996.

Cuba en instantáneas

Cuba 2006[★]

_____ candil de fuego

En abril de 2006, Tomás Barceló Cuesta volvió a Cuba. Viajó para abrazar a amigos, reencontrarse con su familia cubana y, como quien no puede evitarlo, recorrió las calles de La Habana bajo la sensibilidad de su lente fotográfico. Caminó el malecón, visitó San Matías —su pueblo natal—, exploró los rincones más poblados de la capital cubana y llegó hasta el Mausoleo del Che Guevara, en Santa Clara.

De aquel viaje quedó algo más que un registro visual: permanecen imágenes que logran capturar una forma de sentir, de habitar, de nombrar aquello que algunos, con cariño, llamamos patria.

Las fotografías de Tomás Barceló Cuesta no buscan narrar hechos, sino atrapar estados. Estados del cuerpo y del alma. Estados que, al ser observados, también nos devuelven otra mirada. En cada foco se revela una Cuba íntima. La escasez convive con una profunda cultura del cuidado. Los niños se adueñan sonrientes de calles donde todavía se puede andar sin miedo. Las mujeres, portadoras del trabajo doméstico, cultivan una mística singular donde se entrelazan la sensualidad, el cobijo y la esperanza cotidiana. Cada escena es un fragmento de una Cuba que se encuentra y reconoce en la mirada del otro.

La precariedad no se oculta: vibra en los carros tirados por caballos, las bicicletas chinas convertidas en taxis, y las guaguas colmadas de personas, donde la espera se vuelve parte del viaje. Pero también se afirma un legado que resiste: la réplica del Capitolio de Estados Unidos, que se erige en La Habana Vieja. La silueta del Che se multiplica en rincones, hogares y carteles. La fe sincrética enlaza dioses africanos, vírgenes y santos en un mismo altar. Una santera, San Lázaro, un fogón encendido en la vereda, un vendedor de café que, sin relojes, aguarda y ofrece. El calor, las calles estrechas, el son en las guitarras, las paredes descascaradas.

En las veredas y las casas, la economía informal es mucho más que necesidad: es vínculo, comunidad. Diálogo, música, baile, complicidad. Una red que titila, como

esas llamas pequeñas que sostienen la vida. La dignidad no se vende: se respira en el sudor de cada ser que transita. En las contradicciones, en el arte de vivir sin cosas. En cada sonrisa, asoma la solidaridad de quienes improvisan, inventan y persisten.

Y siempre, después del tumulto de cada esquina, aparece el mar. El mar que rodea y que promete; que enamora y abraza. El mar que cuida y que distancia. Ese cuerpo de agua infinita que, para una isla, es deseo y a la vez frontera. Desde los muelles, los balcones, el mar sostiene aquello que no se dice; la espera de algo que tal vez nunca llega. Y, al mismo tiempo, custodia ese cofre de salitre donde sigue viva la utopía: una fe indómita que, como el fuego, no se extingue, se enciende.

En 2006, Cuba también luchaba por un acto de justicia: el regreso de cinco compatriotas presos en Estados Unidos. Los rostros y nombres de Gerardo, Ramón, Antonio, Fernando y René aparecían en afiches, escuelas y murales donde, como un latido, se leía: «Volverán». Fidel, omnipresente en discursos y pancartas, seguía marcando el rumbo de aquel reclamo colectivo. La tensión opresiva con Estados Unidos no era sólo política ni reciente. Es una herida profunda, una historia que pervive, desgasta y duele.

Este catálogo no pretende explicar la Cuba de 2006. Invita a habitarla con el mismo respeto y cercanía con que Tomás Barceló Cuesta la retrató: con esa mezcla sabia de rabia y ternura. Porque en cada fotografía hay una ética. Y en cada encuadre, la luz, las sombras, la vulnerabilidad y el amor con que se expone la intimidad de un pueblo que abraza, alumbra, permanece y sueña.

Irina Morán



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego





Cuba, candil de fuego

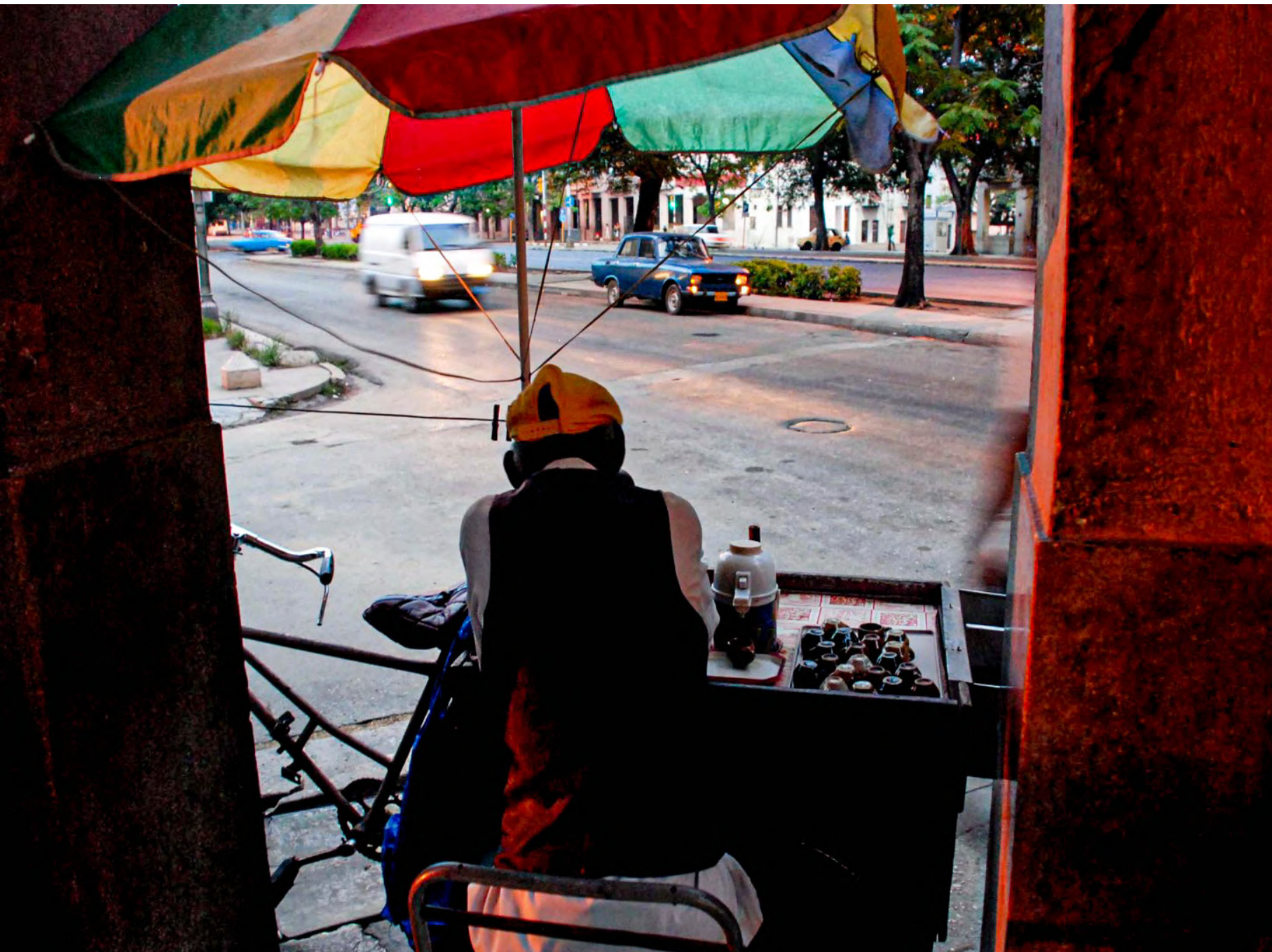


Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego





Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego







Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego





Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego





Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



¿qué es Revolución?

"Revolución es: sentido del momento histórico;
es cambiar todo lo que debe ser cambiado;
es igualdad y libertad plenas; es ser tratado
y tratar a los demás como seres humanos;
es emanciparnos por nosotros mismos
y con nuestros propios esfuerzos;
es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro
y fuera del ámbito social y nacional;
es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio;
es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo;
es luchar con audacia, inteligencia y realismo;
es no mentir jamás ni violar principios éticos;
es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo
capaz de aplastar la verdad y las ideas.
Revolución es unidad y dependencia,
es luchar por los derechos de justicia para Cuba y para el mundo,
que es el patriotismo,
nuestro internacionalismo."

Cuba, candil de fuego

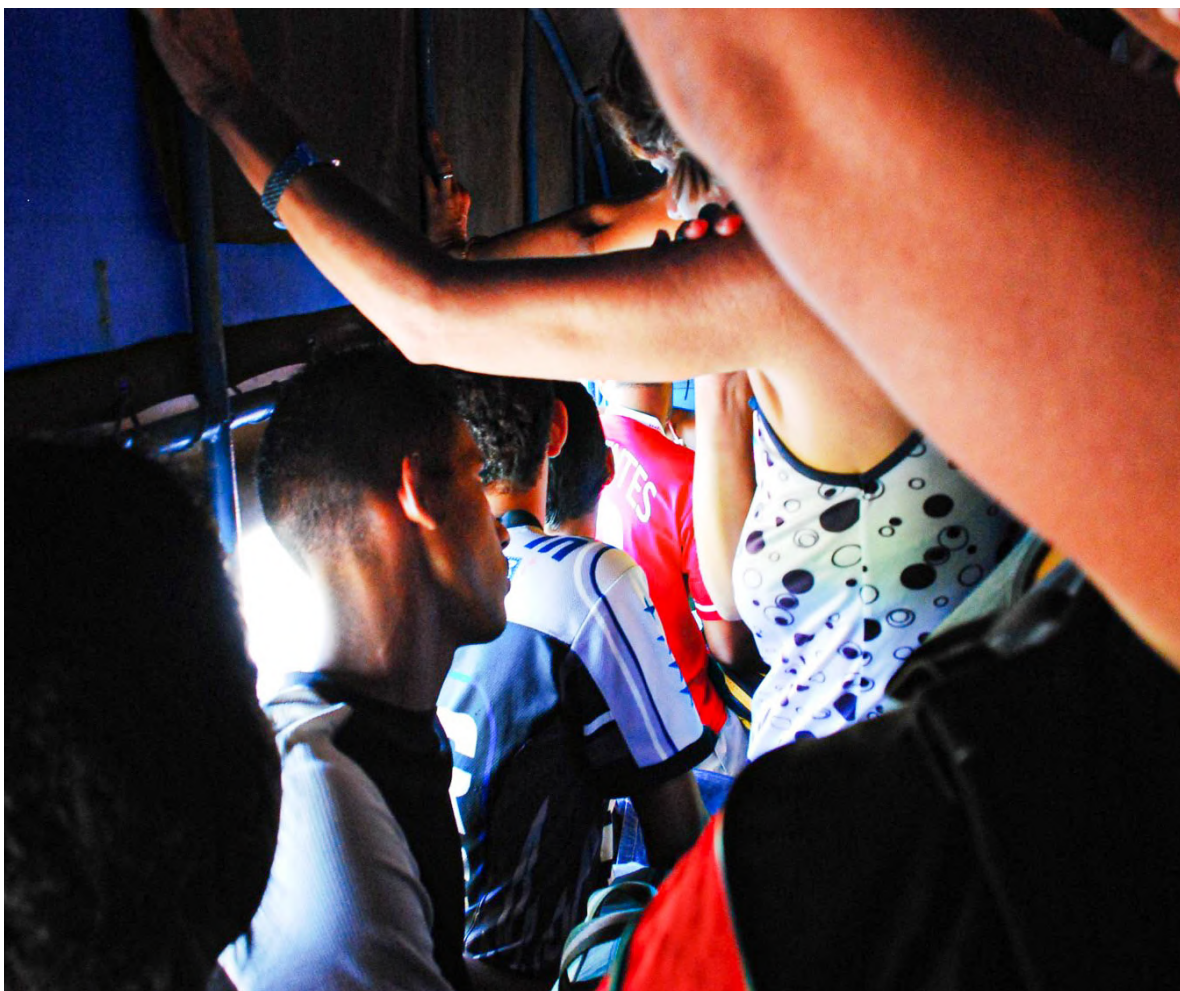
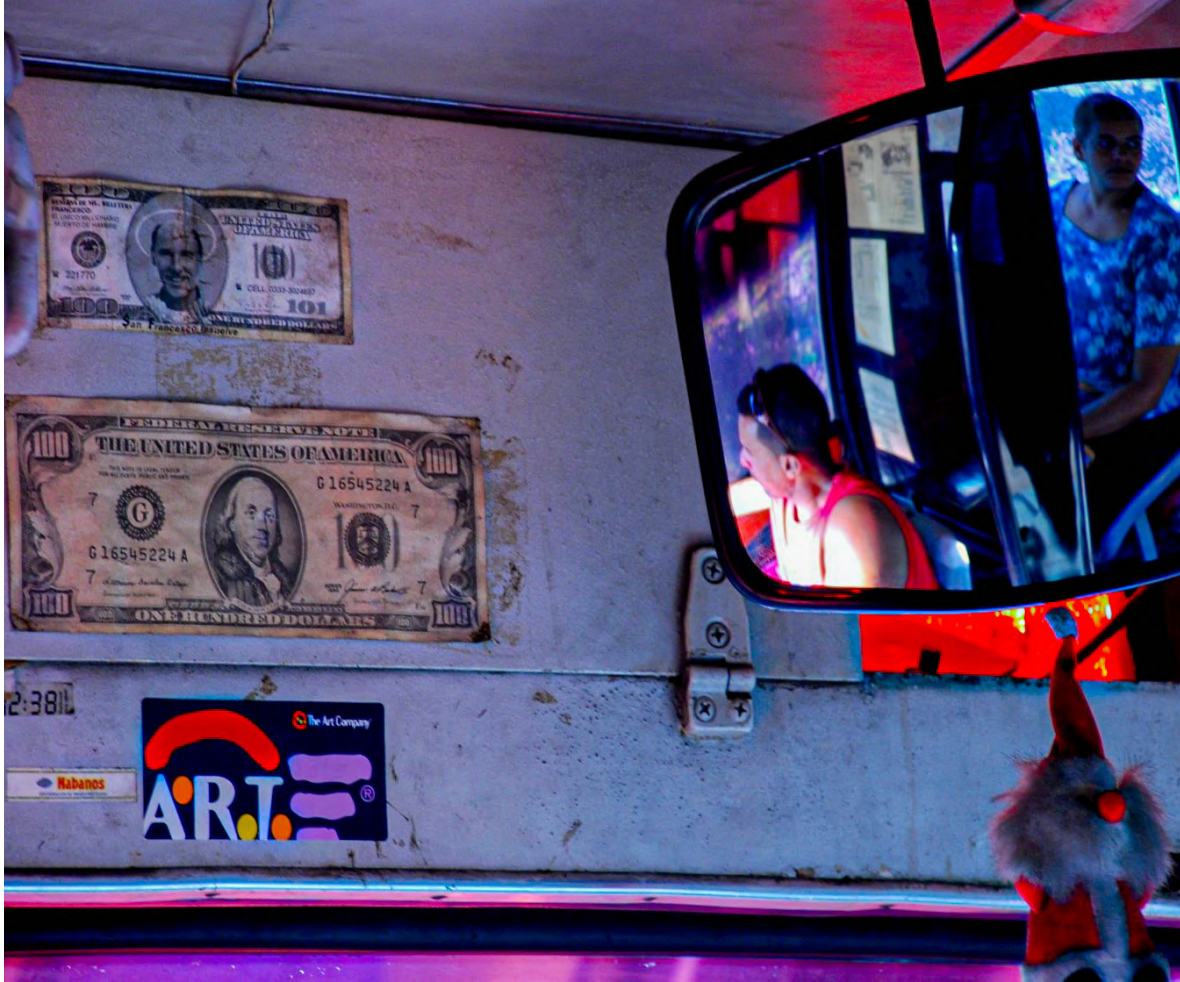




Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego







Cuba, candil de fuego







Cuba, candil de fuego



Cuba, candil de fuego



El hombre[★]
— del instante preciso

En esta extensa entrevista —publicada originalmente el 22 de mayo de 2009 en el blog *La Desmesura textual*— la voz de Tomás Barceló Cuesta emerge con esa ternura reflexiva y esa determinación que lo caracterizaban: el hombre cándido e irreverente —fotógrafo, docente, periodista— que, ya radicado en Córdoba, Argentina, buscaba siempre capturar esa chispa invisible que late bajo la piel de la realidad.

La intención es recuperar —si acaso eso fuera posible— la dimensión más humana de Barceló Cuesta: sus decisiones, su amor por la imagen y la palabra, sus certezas y sus dudas. Este primer catálogo busca poner en valor parte de su obra y leerla con la mirada crítica y contemporánea que él mismo supo alentar.



Viva la diferencia
Córdoba, Argentina, 2009

“Escribir la vida como la siento. O imaginarla. La fotografía es distinta: hay algo ahí que sucede, y uno debe captarlo en el instante preciso.”

— Tomás Barceló Cuesta

—¿Cómo te iniciaste en el fotoperiodismo?

—Después de estudiar durante un año fotografía deportiva, organizado por la Unión de Periodistas de Cuba y el Instituto Nacional de Deportes, comencé a trabajar en esta última institución al tiempo que publicaba mis trabajos en la revista LPV, patrióticas siglas que quieren decir: *Listos Para Vencer*. Recién había salido del ejército, después de cumplir tres años de Servicio Militar Obligatorio. Ese “encierro” obligado en una unidad militar me dejó con una úlcera duodenal y mucha bronca con el mundo. De modo que me tomé esos estudios de fotografía, más que como vocación, como una manera de protegerme a mí mismo para no caer en un estado de desidia y ante el peligro de que me detuvieran y me aplicaran la llamada Ley del Vago, que en esos momentos existía en el país. Ése fue el impulso inicial. No tenía mucha idea de periodismo ni de nada, salvo que, con la oportunidad de realizar estos estudios y la posibilidad de trabajar como fotógrafo después, no tendría que romperme el lomo trabajando como jornalero agrícola, algo que ya había hecho siendo apenas un adolescente, o en la construcción u otros trabajos igual de duros. En el Instituto de Deportes trabajé durante cinco años, cubriendo eventos y competencias deportivas y escribiendo y publicando alguna que otra crónica.

—¿Quiénes fueron tus “maestros”? ¿Cuáles son tus influencias?

—Tuve varios maestros, pero los dos más importantes fueron Rogelio Moré y Osvaldo Salas. El primero era además pintor. Tenía un sentido de la composición

y del manejo de la luz estrictamente pictóricos. Osvaldo Salas fue un fotógrafo que vivió muchos años en Estados Unidos. Había retratado a reconocidas estrellas norteamericanas del deporte y del cine. Hacía muy buenas impresiones en el laboratorio, además de solarizaciones, muy de moda por aquellos años. Era un constante innovador, incansable. Pero todo eso no me interesaba tanto de él como las sorprendentes imágenes que lograba tomar de la cotidianidad de la vida. En cuanto a influencias, nadie puede escapar de ellas. Pero el hecho de trabajar inicialmente la fotografía deportiva me entrenó los reflejos, que ya de por sí fueron siempre muy buenos. Con el tiempo empecé a interesarme más por los aspectos formales de la imagen, y mi vista se dirigió entonces, más allá de las tareas dentro del periodismo, a otros asuntos que, creo yo, tienen que ver con la aprehensión de cierta metáfora del instante. Era retratar el acontecimiento con las equivalencias posibles de los elementos que lo integran, con una composición que para mí resultara perfecta.

—En tu forma de trabajar siempre se conjuga la fotografía y la escritura.

¿Ello obedece a que la imagen o el texto por sí solos no siempre son lo suficientemente esclarecedores como quisieras?

—Antes te contaré una anécdota: cuando tenía 14 años, leí en tan solo unas pocas horas y de un tirón una novela tan alienante y maravillosa a la vez como es *Crimen y castigo*. Me dejó turulato por unos cuantos días. Con esto quiero decirte que sufro de una compulsión casi enfermiza por la lectura. Fue el primer oficio que aprendí medianamente bien: el de lector. *Ad honorem*. Pero me sirve de refugio, a la par que a través de ella intento darme otra explicación de la vida. Con la escritura me sucede otro tanto, pero desde la construcción. Escribo la vida como yo la siento. O la imagino. La fotografía es distinta. Hay algo ahí que hay que retratar. Uno debe tener presente siempre eso. Cosas que suceden, que existen. Hay que mirar

bien, y captar mejor, parte de lo que acontece en la realidad, con la intención de hallar otros mensajes que subyacen bajo su piel y que, en apariencia, no son vistos. A veces descubro en fotografías que he tomado otras cosas que no percibí en un primer momento. En ocasiones, personas muy cercanas a mí son quienes hacen estos descubrimientos. ¿Esto qué viene a demostrar? La incapacidad de cualquier arte de representación —y la fotografía lo es, así como la narrativa y hasta el defenestrado periodismo— de ser esclarecedor de algo. Hay un amplio margen de subjetividad en todo. Y eso es lo fascinante. No se esclarece nada. Es nuestra mirada la que construye algo distinto. No por gusto Albert Einstein es uno de los más grandes hombres que ha tenido la Humanidad. Su Teoría de la Relatividad viró el mundo al revés.

—Respecto a la escritura, te has desempeñado tanto en el periodismo como en la literatura y también has incursionado ampliamente en la crónica. En tal sentido, ¿tienes preferencia por algún género al momento de escribir una historia?

—Dentro de la narrativa, prefiero el cuento. Es el más difícil y requiere de una intensidad que no le hace tanta falta a la novela, que es un género de largo aliento y más libre. Escribir un cuento medianamente bueno siempre es un desafío. Somerset Maugham sostenía que, a toda novela, por muy buena que fuera, le sobran siempre una buena cantidad de páginas. Con el cuento es imposible. No puede tener muchas páginas, y las que tenga deben ser las que requiera. Ni más ni menos. Del periodismo me gusta mucho realizar entrevistas de personalidad. Pero de todo, lo que más prefiero es escribir crónicas, porque, conteniendo una buena dosis de periodismo —que en sus mejores intenciones intentará siempre la búsqueda y revelación de la verdad—, posee a su vez la subjetividad propia de la literatura. Dentro de la narrativa en general, es el género que más se ajusta a la dinámica vertiginosa de la vida.

—Dentro del fotoperiodismo te has inclinado por la foto-documental. ¿Qué te atrae particularmente de ese registro?

—No estoy muy convencido de que mis fotos sean absolutamente documentales. Tampoco sé dónde encasillarlas. Mis compañeros de periodismo solían decir que mis fotos eran muy artísticas. Y algunos fotógrafos dedicados a la llamada fotografía artística, que eran muy documentales. De todas maneras, si tuviera que escoger entre una u otra, me quedaría con la fotografía documental. Es algo más preciso y directo. El concepto de fotografía artística me resulta ambiguo.

—Las luchas sociales no te resultan ajenas y esto se refleja con claridad en tu obra. ¿Cómo piensas la idea del intelectual comprometido con su tiempo?

—Soy un hombre cuya actividad profesional tiene que ver con el mundo intelectual. Eso, en la vida de cualquier persona, es azaroso. Es lo menos importante. Algo que se ajusta al cumplimiento de un deseo o una vocación. Pero, en primer lugar, y por encima de todo, soy un hombre. Y mi mirada de hombre hacia el poder es de absoluta desconfianza. Esto, de alguna manera u otra, se refleja en parte de lo que escribo o fotografío. El mundo está sostenido sobre un sistema absolutamente injusto, que es el capitalismo. Y solo es posible cambiarlo mediante los movimientos populares revolucionarios y que estos, después, no sucumban al poder de un líder absoluto. Hubo intelectuales, los menos, que a lo largo de la historia se comprometieron con las causas más nobles, aquellas que estaban dirigidas a la reivindicación de las clases más desposeídas, los olvidados de siempre: Zola, defendiendo a Dreyfus a finales del siglo XIX; el poeta Miguel Hernández, cuya vida el franquismo quebró en una cárcel; José Martí, que además de ofrecer su vida por la independencia de su país, escribió un texto fundacional donde reivindica al indio americano, en tiempos en que Sarmiento escribía sobre civilización y barbarie; el ineludible Eduardo Galeano; Che Guevara, figura ya mítica devenida en el símbolo esencial

de la acción revolucionaria y el pensamiento más progresista del siglo XX. Hoy, en Argentina, reivindico a una figura como Osvaldo Bayer. Y, en forma colectiva, en una escala menos gloriosa tal vez, al movimiento nacional Carta Abierta, en el cual milito desde Córdoba, que sin encolumnarse con el gobierno nacional, le reconoce a este todo lo positivo que ha hecho, al tiempo que le señala las muchas tareas pendientes, desaprobándole sus oscuridades y errores. Es un movimiento de intelectuales de diversas tendencias ideológicas que, desde un espacio común y salvando diferencias, intenta producir pensamientos e ideas opuestos al discurso hegemónico y vertical de los grandes medios, en la mayoría de los cuales otra gran masa de intelectuales —a mi juicio salvaguardas del poder de estos últimos y de la oligarquía— encuentran su nicho de acción y pensamiento. Pero en general, los intelectuales son seres narcisistas, por demás insoportables, ovillados en su propio ombligo, adorándose como dioses únicos de sí mismos.

—Puede señalarse que el fotorreportero que vivía en La Habana hasta fines de los 90 y el que hoy está radicado en Córdoba es el mismo... Sin embargo, ¿considerás que tu trabajo ha seguido una misma línea de continuidad entre Cuba y Argentina? ¿El cambio de “hábitat” trajo aparejados cambios —avances, retrocesos, rupturas, etc.— en algún plano?

—No. Mi vida giró en 180 grados. De ejercer un periodismo constante, sin interrupciones, viajando de aquí para allá, a pasar de pronto a un aula y volcar ante una cantidad aproximada de 200 alumnos mis modestos conocimientos para su introducción a la fotografía periodística. Es otro aprendizaje para mí, debo reconocerlo. Por otro lado, asumiéndolo de manera aún más positiva, puedo dedicar más tiempo a la escritura y a la fotografía, pero desde una mirada más rigurosa, ajena a las presiones del periodismo y a sus censuras editoriales e ideológicas, que siempre existieron en cualquier lugar del mundo. Hoy más que nunca.

De todas maneras, aún sigo publicando crónicas, entrevistas y reportajes en revistas como *Recovecos*. He publicado en *La Voz del Interior*, en *Hoy Día Córdoba*, en publicaciones importantes de la RED, como *rebelión.org*, y otras. No puedo vivir sin hacer periodismo, de una u otra forma. También mantengo mi blog personal: ternurayrabia.blogspot.com

—La enseñanza es otra de las actividades que desarrollás en Córdoba. La situación de la educación en Argentina no es óptima: la inversión del Estado es escasa, el rol del docente está desvalorizado, los sueldos son magros. ¿Qué te hace continuar con esta tarea? ¿Lo sentís —lo vivís— como una vocación?

—Mi vocación no es la docencia. Pero siempre me gustó enseñar. Suelo ser muy paciente con aquellas personas que por alguna razón u otra requieren de mí que les enseñe algo que yo sé. Debe ser porque a la vez yo soy un constante demandador de información, y hasta de enseñanza, por mi curiosidad congénita. Siempre estoy preguntando, queriendo saber algo. Intento no quedarme con ninguna duda. Partiendo de esa premisa personal, me siento cómodo entonces con la enseñanza. Y de paso, aprendo enseñando.

—Existe una vieja discusión que tiende a enfrentar a quienes defienden la ‘formación académica’ en contra de aquellos que reivindican una ‘formación de oficio’. ¿Se puede “enseñar” a ser fotorreportero? ¿Cuáles son los límites que se plantean?

—Las escuelas de comunicación social, donde entre otras especialidades se forman también periodistas, muchas veces contienen un excesivo academicismo. Es cierto. Tendrían que hacerse ciertas reformulaciones de los programas en las que se busque un equilibrio entre teoría y praxis. El aprendizaje teórico es necesario, hasta

muy importante. Pero la práctica lo es otro tanto. De hecho, grandes periodistas de la historia, y otros tantos que hoy ejercen esa profesión, nunca traspasaron las puertas de facultad alguna. No se licenciaron de nada. Yo mismo estudié periodismo muchos años después de tener ya consolidado un prestigio profesional. Con el fotoperiodismo ocurre otro tanto. La mayoría de los fotorreporteros ejercen el oficio sin haberlo estudiado. Pero con la fotografía, a nivel de academia, ocurre algo desastroso. Las escuelas de comunicación no le conceden el interés que merece. Contienen tan solo magros programas, con escasos recursos humanos y técnicos. Algo increíble en una época dominada por la imagen, cuyo soporte principal es la fotografía. Herramienta importantísima de manipulación de los mensajes, razón por la cual pienso que desde edades tempranas se le debe enseñar a los niños el estudio de la imagen. Una asignatura cuyo nombre debiera ser solo eso: *Imagen*. Debió implementarse desde hace años. Es un lenguaje definitivamente asentado, con su particular gramática de construcción.

—Por último, ¿qué consejos les darías a los jóvenes que desean iniciarse o comienzan a transitar la senda del fotoperiodismo?

—No soy muy bueno dando consejos. Pero si de algo pudiera servirles a esos hipotéticos jóvenes, les diría que el 90 % de la mirada que han de lanzar sobre la vida no debe ser nunca complaciente, dando por hecho que lo que tienen ante sus ojos puede ser de otra manera y no como aparentemente se muestra. El 10 % restante, dedicarlo a otorgarle una correcta composición a lo que ven y accionar el obturador en el instante preciso.

Sebastián Sigi
La Desmesura textual [blog]

Imágenes★
imprescriptibles

Durante los meses de mayo a julio de 2008, en Córdoba, Argentina, las audiencias orales y públicas del primer juicio contra Luciano Benjamín Menéndez y otros siete represores de la última dictadura cívico-militar movilizaron la incansable búsqueda de memoria, verdad y justicia de gran parte de nuestra sociedad cordobesa. La mayoría de los medios de comunicación de aquellos años se hicieron eco del acontecimiento, cubriendo en vivo las instancias de una sentencia que simbolizó el fin de la impunidad para el máximo represor que tuvo la provincia.

En aquellas jornadas, tanto en la sala de audiencias como en los alrededores de los Tribunales Federales, era habitual ver las manifestaciones de familiares de víctimas, militantes de partidos políticos, organizaciones estudiantiles y organismos de derechos humanos. También estaban allí algunos fotógrafos, comprometidos en capturar una serie de instantáneas que hoy constituyen un valioso soporte documental para retratar nuestra historia reciente.

En septiembre de 2008, bajo el respaldo del Archivo Provincial de la Memoria, los fotógrafos Nicolás Bravo y Tomás Barceló Cuesta asumieron la tarea de curar una muestra colectiva titulada *Imágenes imprescriptibles*. Un trabajo documental que reunió fotografías de Carla Acrich, Tomás Barceló Cuesta, Nicolás Bravo, Antonio Carrizo, Sergio Cejas, Javier Ferreyra, Verónica López, Leonardo Luna, Irma Montiel, Juan Manuel Rojas, Ermi Novisardi, Diego Roscop, Osvaldo Ruiz, Mariano Paiz y Ramón Verdú.

Cada una de aquellas imágenes lograba transmitir el dolor, el sentido de justicia, la esperanza, y ese cúmulo de emociones —individuales y colectivas— que quedaron cristalizadas en aquel momento culminante: el 24 de julio de 2008, cuando se produjo la lectura de la primera sentencia que ponía fin a más de treinta años de impunidad, condenando a prisión perpetua en cárcel común a Luciano Benjamín Menéndez.

La Justicia determinó entonces que Menéndez, junto a otros siete represores de Córdoba, era responsable de la desaparición de cuatro militantes políticos: Hilda Flora Palacios, Horacio Brandalís, Carlos Lajas y Raúl Cardozo.

En aquel momento, Luciano Benjamín Menéndez ostentaba el triste récord de ser el genocida argentino con más condenas a prisión perpetua por delitos de lesa humanidad.

El lunes 30 de marzo de 2015 comenzaría, a su vez, su quinto juicio. Esta vez por el asesinato de tres militantes de la Juventud Universitaria Peronista. Menéndez, alias “Cachorro”, se desempeñó como comandante del III Cuerpo del Ejército desde septiembre de 1975 hasta septiembre de 1979. En ese período tuvo el control operativo de las Fuerzas Armadas y de Seguridad de la zona 3, y fue responsable de todos los centros clandestinos de detención que funcionaron en esa amplia región, que abarcaba las provincias de Córdoba, Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis, Tucumán y Santiago del Estero.

En noviembre de 2008, tras haber estado expuesta durante casi un mes en el Archivo Provincial de la Memoria, *Imágenes imprescriptibles* fue trasladada a la sala principal de la Legislatura de Córdoba. En esa ocasión, Tomás Barceló Cuesta fue invitado no solo como autor de algunas de las fotografías expuestas, sino también como uno de los oradores en la segunda inauguración. Lo hizo con la lectura de un texto propio, que tituló “**Presencias**”.

En este Catálogo, compartimos no sólo aquel texto de Tomás —que fue tan profundo como conmovedor—, sino también las fotografías de su autoría que el propio Tomás Barceló Cuesta había seleccionado para integrar la muestra *Imágenes imprescriptibles*.

Irina Morán

RAUL
OSVALDO
CARDOZO

HILDA
FLORA
PALACIOS

CARLOS
ENRIQUE
LAJAS

HUMBERTO
HORACIO
BRANDALISIS

FUERON
ASESINADOS
POR EL
EJERCITO
ARGENTINO
DURANTE LA
ULTIMA
DICTADURA
MILITAR

EL 15 DE
DICIEMBRE
DE 1977

Imágenes imprescriptibles

Presencias

Estas imágenes no deberían existir, por la misma razón que tampoco debió ocurrir el acontecimiento que las hizo posible. Si ahora, en este momento, pudiéramos dar marcha atrás, llegar hasta el punto exacto donde el rumbo de la historia pudo torcerse para salvaguardarnos del horror, sin dudarle un instante lo haríamos.

Pero ya no es posible.

La historia anduvo, los años transcurrieron, y **la herida que se abrió con el primer desaparecido no se cerró**. Como telón de fondo había un nombre con dos vocablos aparentemente antagónicos entre sí: Plan Cóndor: el primero, consustancial con la Agencia Central de Inteligencia, CIA, por su largo historial en diseñar y dirigir planes y regar agentes por los cuatro puntos cardinales para consolidar los dominios imperiales en el mundo. El segundo, cóndor, ave andina, tan cara a nuestros pueblos del sur: ¿habrá otra palabra que sugiera más el sentido de la libertad? Quién o qué puede volar tan alto como el cóndor, remontarse tan lejos. El Plan Cóndor tuvo objetivos definidos, dirigidos a impedir que los pueblos latinoamericanos se hicieran dueños de su historia, sus vidas y sus destinos. Que remontaran su propio vuelo. Algo que sólo era posible mediante procesos inevitablemente revolucionarios, que ya comenzaban a fraguarse a lo largo y ancho del continente. En el cumplimiento de las órdenes venidas de los Estados Unidos, y a tono con su ideología, esos procesos fueron abruptamente cortados a través de sucesivos golpes militares. De todas las dictaduras del cono sur latinoamericano, cuyo accionar fue diseñado milimétricamente en el Pentágono, ninguna fue tan refinadamente siniestra como

la argentina. Era como si al fascismo le quedara todavía por vencer un peldaño en la escala del horror. Los videlas y menéndez, los bussi y los astíz, engendros tardíos de ese fascismo en decadencia, pero no por ello menos peligroso, con la impunidad que les dio el poder tomado por la fuerza, en el breve período de apenas dos o tres años desaparecieron a 30 mil argentinas y argentinos. Eran en su mayoría jóvenes. Y todos, o casi todos, portadores del pensamiento más progresista y avanzado de aquellos tiempos. Desaparecidos: así nomás: aporte sustancial de los generales y sus secuaces que engrosaría el currículo de la ultraderecha mundial. Desaparecidos. Fueron esperados por sus familiares durante toda la vida. Pero tan sólo fueron vistos a través de los recuerdos.

Estas fotografías, tomadas durante los días en los que se juzgó al represor **Luciano Benjamín Menéndez** y a sus colaboradores más cercanos, no son más que meras pretensiones de una aproximación a este juicio y a las emociones que lo acompañaron a lo largo de dos meses, desde el 27 de mayo al 24 de julio del 2008. Es un hito: Argentina -y Córdoba en particular-, mediante el trabajo sostenido de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la Organización HIJOS, y distintas organizaciones sociales y de derechos humanos, ha tenido la valentía de sentar en el banquillo de los acusados a algunos de los principales responsables de aquel genocidio.

Las imágenes fotográficas son instantáneas que pretenden fijar la apariencia de los acontecimientos y sus protagonistas. Pero en sí mismas no son memoria. En cambio, las imágenes que extraemos de los recuerdos, se alimentan de sensaciones, sentimientos y emociones. Pero las fotografías nos advierten que el suceso que intentan reproducir en la cartulina fotográfica fue posible. Fue cierto, fue real. En estas imágenes que sus autores ofrecen como modesta colaboración al proceso de reivindicación de la memoria histórica argentina, aparecen junto a ellas, o dentro de ellas, otras fotografías tomadas en otros tiempos: rostros en blanco y negro que

nos devuelven un gesto, una sonrisa, una mirada. O un adiós sin sospechar siquiera que podría ser el último. Hay en ellas algo más que el recuerdo del que no está. Algo más que la fotografía familiar. Haber sido sostenidas y enarboladas durante tantos años por familiares y amigos, les hizo cobrar otro significado. Las redimensionaron, le otorgaron otra categoría. Les dieron otro peso. **Abandonaron el álbum familiar para convertirse en documentos de denuncia.** Su valor es otro, **un valor constituido sobre la negación de la muerte, haciendo posible la continua presencia del desaparecido.**

Para comprobarlo, bastaría detenerse tan sólo unos segundos ante esa imagen donde unas manos de obrero, cuyos dedos aún tienen la pintura fresca de una labor realizada pocas horas atrás, sostienen el retrato de esa joven que, saltando por encima de los años, llega desde el pasado con su imperecedera sonrisa. Ella, junto a sus compañeros desaparecidos, junto a ese obrero que la sostiene tiernamente, está ahora aquí para decirnos tan sólo: **Hilda Flora Palacios, presente.**

Tomás Barceló Cuesta

Noviembre 2008, Córdoba, Argentina.





Tomás Barceló Cuest

Imágenes imprescriptibles





Tomás Baro

Imágenes imprescriptibles





Tomás

Imágenes imprescriptibles

De igual[★]
a igual

En mayo de 2010, mientras Argentina celebraba el Bicentenario, una columna de voces ancestrales recorría las principales calles y provincias del país. Fue la **Marcha de los Pueblos Originarios**: un acontecimiento que marcó un punto de inflexión en las luchas indígenas contemporáneas y que reunió a comunidades de diferentes territorios de Argentina. Su consigna: la recuperación de sus tierras y el reconocimiento de sus derechos históricos.

Aquel día de mayo, frío y gris, el cielo parecía desplomarse sobre la ciudad de Córdoba. Sin embargo, el paso de las banderas de las comunidades originarias trajo movimiento, color y una fuerza ancestral que se veía en cada rostro. Fue imposible ser indiferentes mientras ese centenar de personas surcaba el país de punta a punta para visibilizar sus derechos vulnerados.

Entre esas banderas, cientos de personas de diversas comunidades originarias avanzaban con sus ritmos y sus modos. Entre ellas estuvo **Milagro Sala**, referente de la organización Tupac Amaru, acompañando a las comunidades en su reclamo de derechos y territorio. Su presencia sumó una voz de resonancia indígena al pedido de justicia por tantas inequidades. Milagro fue parte de ese entramado que crecía, que unía luchas y desbordaba las fronteras urbanas de lo local.

Tomás Barceló Cuesta también estuvo ahí, con su cámara al hombro, registrando cada gesto, cada mirada. La sensibilidad de su oficio le permitió realizar una serie fotográfica que inmortaliza algunos de esos rostros, muchas de ellas mujeres, que avanzaban puño en alto con sus atuendos característicos.

Entre las fotografías y retratos que logró capturar ese día, hubo una que cobró un valor especial: aquella donde se ve a un hombre enarbolando una wiphala en plena avenida Hipólito Yrigoyen. Pocos días después, Tomás tituló esa imagen “De igual a igual”, en un gesto empático de empoderamiento con las luchas de América Latina.

La potencia de esa instantánea fue merecedora del segundo premio en el Concurso Provincial de Fotoperiodismo Rodolfo Walsh, organizado por el Círculo Sindical de la Prensa (Cispren) en Córdoba.

Hoy, como su compañera de vida, me conmueve volver a ver esas imágenes. No solo porque forman parte del registro valioso de su obra, sino porque siguen latiendo, siguen interpelándonos ante cada lucha y desigualdad social.

Las fotografías de Tomás no son simples postales: son tomas de posición, ventanas abiertas, testimonios vivos de su época. También son fragmentos de la dignidad de los pueblos que aún hoy siguen de pie, en defensa de sus raíces y su historia.

Irina Morán





De igual a igual



De igual a igual



De igual a igual





De igual a igual



De igual a igual

Tomás Barceló Cuesta

(1949-2010)

Fotógrafo, periodista, docente y escritor. Nació en San Matías, provincia de La Habana, Cuba, en 1949, y falleció en Córdoba, Argentina, el 27 de mayo de 2010. De formación múltiple y trayectoria singular, transitó distintos oficios antes de graduarse en Fotografía Deportiva y licenciarse en Periodismo en la Universidad de La Habana. Publicó en medios de gran relevancia en Cuba como *Revista Bohemia*, *Periódico Trabajadores*, *Juventud Rebelde*, *LPV*, *Opus Habana*, *Revista Tropicana*, entre otros. En 1996 recibió el Premio Juan Gualberto Gómez, máxima distinción que otorga Cuba en el ámbito periodístico.

Su obra fotográfica fue expuesta en Cuba, Argentina, México, Canadá y Estados Unidos, y obtuvo más de veinte premios. En 1997, Fidel Castro lo felicitó personalmente por su cobertura del homenaje póstumo al Che Guevara. En Argentina, donde se radicó en 2001, dictó el curso «Conceptos y Análisis de la Fotografía Periodística», en el Círculo Sindical de la Prensa (Cispren) y exhibió muestras fotográficas en Córdoba, Bariloche y Buenos Aires.

Además, colaboró en medios como *La Voz del Interior*, *Hoy Día Córdoba*, *Revista Recovecos*, *Aquí Vivimos*; *La Intemperie*, *Rebelión.org*, y la revista *Culturas* del Museo de Antropologías de la UNC, entre otros. En esta revista institucional que salió durante los años 2003 y 2004, Tomás Barceló Cuesta se desempeñó como director editorial, y se dio el gusto de retratar y entrevistar a personalidades de la talla de Estela de Carlotto.

En el 2006 se alzó con el Premio del concurso Gabriel Miró, en Alicante, España, con el relato «Mañana estaré muerto».

A mediados de 2010 su fotografía titulada *De igual a igual*, fue merecedora del segundo premio dentro del concurso provincial de fotoperiodismo Rodolfo Walsh, organizado por el Círculo Sindical de la Prensa (Cispren) en Córdoba, Argentina.

Como escritor, fue autor y coautor de varios libros, entre ellos:

- *Bohemia, la huella en el tiempo* (Editorial Pablo de la Torriente Brau, 1993).
- *La Necrópolis Colón* (Editorial Words, Guadalajara, España, 1996).
- *Cementerios de La Habana* (Editorial José Martí, 1999).
- *Perverso ojo cubano* (Editorial La Bohemia, Buenos Aires, 1999).
- *Cuentos de La Habana Vieja* (Ediciones Olalla, Madrid, 1997; Ediciones del Bronce, Barcelona, 1998).
- *Recuérdame en La Habana* (Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2005)
- *El Ojo del Mundo* (Ediciones Recovecos, Córdoba, 2010) — novela póstuma.

Su primera novela, *Recuérdame en La Habana*, es una desgarradora historia sobre la participación cubana en la guerra de Angola. Su segunda novela, *El Ojo del Mundo*, de corte distópico, crítica los dispositivos de control social a través de los medios y pantallas.

Entre 2005 y 2010, fue docente en la cátedra de Fotografía Periodística en la Escuela de Ciencias de la Información (hoy Facultad de Comunicación Social, UNC), donde actualmente la Fotogalería Tomás Barceló Cuesta, lleva su nombre. Ese espacio rinde homenaje a su legado, promoviendo el debate en torno a la fotografía documental, social y periodística.

Padre de Katia y de Lucía, compañero y esposo de la periodista y escritora Irina Morán, Tomás Barceló Cuesta dejó una obra marcada por la sensibilidad, la ética, el compromiso y la poesía.



Equipo de trabajo

Dirección del proyecto: Irina Morán – Lucía Barceló Morán

Fotografías: Tomás Barceló Cuesta

Curaduría de fotos: Lucía Barceló Morán

Textos: Irina Morán – Fernanda Juárez

Diseño del logo: Manuel Coll

Diseño de Catálogo digital: Florencia Bacchini

Sitio web: Homero Paz – Florencia Bacchini

Redes: Lucía Barceló Morán

Acompañan este proyecto

Centro Cultural UNC

Museo de Antropologías de la UNC

Fotogalería Tomás Barceló Cuesta – FCC – UNC

Ediciones Recovecos

Fundación Tania Abrile

Cispren



CENTRO
CULTURAL
UNC



Fotogalería
Tomás
Barceló
Cuesta



FCC
Facultad de Ciencias
de la Comunicación



Museo de
Antropologías
Facultad de Filosofía y Humanidades UNC



Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



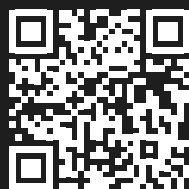
unc



EDICIONES
RECOVECOS



Tomás Barceló Cuesta



tomasbarcelocuesta.com.ar

